De cómo don Antonio Machado dibujó nuestro rostro *

Tal vez el hecho de que vayamos a compartir algo de nuestro tiempo en la celebración de uno de los poetas más luminosamente misteriosos del viejo y sabio idioma castellano justifique el que yo comience esta charla compartiendo con ustedes una alucinación. Hace ahora cuatro años, menos unos escasos días, gocé de una alucinación a la que, entiendo que sin demasiada inmodestia, podría considerar como perteneciente a la familia de las alucinaciones machadianas. Quizá convenga, entonces, denominarla de otro modo, más apacible, más humano, y tal vez más profundo: una revelación. Sucedió así: una mañana de noviembre del año 1979, afeitando la barba de mi cara, vi en el espejo no mi rostro: el rostro de mi padre. Para ser más precisos: vi que mi rostro y el rostro de mi padre se fundían uno en otro, como si fueran de agua, y el agua dibujara un rostro que era a la vez el rostro cotidiano y casi distraído que ya me pertenece y el rostro súbito y casi milagroso con que mi padre, de cerca, de muy lejos, nos mira ya, camino de la disolución, camino de ese «vaso de sombra, oh pura sombra, lleno», para usar las palabras del maestro. Hacía ya algunos años que yo venía advirtiendo la presencia de la fuerza genética de mi padre instalándose, de manera lentamente enigmática, en ciertos gestos míos, en algún ademán, en tal o cual tono de voz. Yo sorprendía en mí, de vez en cuando, una actitud, una mamera de empezar a sentarme, un modo de entreabrir los labios o levantar las cejas, que estaban instalándose en mi sangre, y cuya procedencia era la vida entera de mi padre, incluida la presencia remota y memorable de sus propios abuelos. Me alegraban esos instantes en que la sucesión de los nudos que forman los calendarios sucesivos y el sucesivo amor me probaba que soy, como todos los hombres, un ser hereditario. Me alegraba saber que lo esencial del ser, el centro de la identidad, no es otra cosa que una deuda callada y sistemática. «Todo nuestro vivir es emprestado», nos dijo don Antonio, y me alegraba comprobarlo. Pero aquella mañana, al recibir, no en un gesto o en una fracción de mi cara, sino de golpe y totalmente, el peso misterioso de un ser que estaba ya sobre la tierra veintisiete años antes de que estrenara yo la luz del mundo, no recibí la habitual alegría, sino un imperturbable terror. Durante esa ya famosa fracción de un segundo brevísimo, que equivale a toda una era del corazón y que está destinada a contener los prodigios y las catástrofes, pensé: mi padre va a morir. Algo que no era inteligencia, que no era lucidez, que estaba más abajo de las leyes de la materia y la memoria, me dijo bruscamente que si la cara de mi padre habitaba en mi cara, mi propio padre estaba ya maduro para alojarse debajo de la tierra. Desconcertado y desvalido, quise hallar alguna seña lógica con que poder aminorar mi desconcierto. Recordé que mi padre había tenido ya un accidente cardiovascular, del que emergió

* Conferencia pronunciada el 15 de octubre de 1983 como clausura del simposium de homenaje a Manuel y Antonio Machado, celebrado en la Universidad de Dallas, Irving. USA.

vivo, sonriente y apacible. Pensé: se va a morir del corazón, pero, quizás, aún no, Dios mío. No conseguí tranquilizarme y salí de mi cuarto de baño, nervioso, demudado, y sintiendo que a mi padre no habría de arrebatármelo una cardiopatía sino una ley universal: los padres depositan lentamente su rostro sobre los rostros de los hijos y a partir de ese instante inician una rápida o laboriosa despedida. Pensaba en esto por el pasillo de mi casa, caminando como un borracho horrendamente sobrio. Llegué hasta donde estaba mi mujer y le dije: «Llama a mi hermano Julio; pídele que, si está libre este fin de semana, nos lleve a Tomelloso en su automóvil». Tomelloso es un pueblo agricultor de la provincia de Ciudad Real. En él hay una calle que se llama de Asia, y en esa calle hay una casa que mi padre y mi abuelo hicieron con sus manos. En esa casa nacieron mis hermanos, murió mi hermana, murieron mis abuelos paternos. En esa casa crecí yo y desde ella entré en la adolescencia. De aquel pueblo, de aquella casa, nos desalojó la pobreza, bajo el nombre de emigración. Ahora, casi toda aquella familia, junto a los nietos de mis padres, vivimos en Madrid; mis padres, a menudo, cada vez más frecuentemente, viajan desde Madrid a Tomelloso, y se quedan algunas temporadas habitando la casa aquélla, y cerca de las tumbas de los suyos. Llegamos, pues, a Tomelloso, creo recordar (casi es seguro) el día 3 de noviembre de 1979. Llamamos a la puerta de la casa. Mi padre nos mostró el jardín. Mi madre nos trajo la merienda y nos dijo que dos días antes había pasado la mañana, como es costumbre allá en mi pueblo cada primero de noviembre, «adecentando la tumba familiar».

Quiero que esta palabra, *tumba,* nos acompañe ahora hasta llegar a otra alucinación. Una alucinación enorme, inusitadamente real, colectiva y horrenda. Me refiero a la vida civil en la España de los años cuarenta. Aquel desvarío nacional, aquel bochorno, aquella caudalosa catástrofe (llamarle por su nombre, «guerra civil», me deja en la conciencia el escrúpulo de estar cometiendo eufemismo), aquella perturbación de nuestra pobre España, ¿cuántas tumbas sembró en la tierra española? Observad que no hablo de tumbas buenas y de tumbas malas, sino de tumbas solamente. Un gran poeta español, cuando era poco más que un muchacho, en el año 1937 y en zona de combate, escribió en una noche de vigilia:

Tendidos están los cuerpos
que mi cuidado vigila,
tendidos y ya entregados
a la muerte o la fatiga;
uniéndolos y abrazándolos,
la tierra que nos afirma,
casi maternal acoge
el silencio y la ceniza
de los heridos que sueñan
vivir con el nuevo día
y de los muertos que tienen
desclavada la sonrisa;
se están uniendo las sangres
que no se unieron en vida,

solas ya sobre la tierra
para encontrarse caminan,
que la muerte no vendrá
vencedora ni vencida.

Ese poema lo escribió Luis Rosales, que hizo la guerra (mejor sería decir: que la sufrió) en la zona de los rebeldes. «Se están uniendo las sangres / que no se unieron en vida / ...que la muerte no vendrá / vencedora ni vencida.» Para reencontrar en la poesía escrita en tiempo de guerra, o de la inmediata posguerra, esa misericordia general, esa ecuménica congoja, esa sabiduría que sólo nace lejos del odio y al calor de la compasión, es preciso que recordemos al Miguel Hernández que hizo la guerra (mejor sería decir: que la sufrió) en la zona republicana, y que escribió, en la prisión, versos paralelamente compasivos:

...Tristes armas
si no son las palabras.

Tristes, tristes.

Tristes hombres
si no mueren de amores.

Tristes, tristes.

Pero era inútil que dos poetas adversarios resultaran hermanos de dolor y de misericordia. Y era inútil que la sangre de los muertos diversos se juntara, bajo la tierra, en la misma desolación. Quizá a todos los muertos los unge la reconciliación. Pero los vivos siguieron irreconciliables, produciendo más tumbas. Luego acabó la guerra y la tierra española se quedó absorta de dolor y empapada de sangre, y la vida española era la imagen de la desfiguración y del estrago. Durante años interminables, depravados y huérfanos, la pobrecita España, llena de sangre, presos, muertos, huidos, terror, maldad, no será propiamente un pueblo: será una comunidad ojerosa, alucinada y astillada. Será una diversa soledad. Sólo se reconocerá a sí misma en un espejo: el de la desunión. Será el lóbrego paraíso de lo disperso, la metáfora de la separación. Para decirlo de una sola vez: España se quedó sin su rostro. Los azadones de los sepultureros, al tiempo que enterraban tanto muerto, desfiguraban la cara de España. Han pasado los años y mi país es hoy dueño de un bellísimo rostro: el rostro de la democracia. Pero es preciso que no olvidemos nunca que una vez la cara de España se quedó sin sus rasgos, que España se quedó sin su rostro, que todo el rostro de la España civil, materia de un Solana o un Goya súbitamente enloquecidos, quedó una vez convertido tan sólo en una mueca, una mueca asomada a los abismos del dolor, del odio y de las tumbas. Retengamos la imagen de esa España con sus rostro desfigurado y advirtamos, con asombro y con gratitud, cómo ha contribuido la poesía a que España reagrupe un bellísimo rostro. Y advirtamos, con gratitud y asombro,

cómo un hombre, un poeta (un poeta inmenso, es cierto), ha empujado con callada grandeza para que la poesía cumpliera ese prodigioso servicio.

La poesía no sufre nunca menos que la comunidad en donde canta y llora. España se quedó sin rostro y la poesía española se quedó también sin su cara. Tuvo que buscar otro, inventar otra, edificar pacientemente otra. Una cara que no sería la misma. No podía ser la misma. ¿Recordáis la poesía española en la década de los veinte, en el lustro admirable anterior a la guerra civil? La alegre agitación de las vanguardias, la asombrosa asunción de la generación del 27, la llegada jubilosa del surrealismo (no siempre jubilosa: el surrealismo de *Poeta en Nueva York* quizás es inmortal porque es prelógico y terrible, aterrado y premonitorio). Pero primaban la alegría, la energía creadora, la imaginación, la aventura, la libertad expresiva, la avasalladora invención. Casi nada de todo esto podía sobrevivir en los tiempos censurados de la posguerra, y no sobrevivió. Pero además, casi nada de todo esto podía servir, y no sirvió, al menos en un primer momento, para que la poesía española obtuviera el rostro que le pertenecía, un rostro que narrase una congoja y una resolución parejamente impetuosas. La poesía, lo repito, no sufre nunca menos que la comunidad en donde canta y llora. Y tal vez, la primera lágrima de la poesía española de posguerra fue vertida por la ausencia de rostro. Si el rostro de la vida española quedó desfigurado, el rostro de la poesía española quedó prácticamente devastado. De un lado, por cuanto las conquistas poéticas de preguerra, ni eran posibles ya, ni estaban capacitadas para abarcar tanta desgracia. De otro lado, porque el rostro concreto de casi todos los maestros pertenecientes a dos magníficas generaciones de poesía en lengua castellana quedaron silenciados por la distancia o por la muerte. Sólo tuvimos con nosotros a Manolo Machado, Aleixandre, Gerardo y Dámaso. Los restantes maestros de aquellas dos generaciones quedaron con nosotros sólo en forma de ausencia, sólo en forma de desazón. Eran algo parecido a una sentencia: la prueba de nuestra soledad, el testimonio de nuestra desgracia. Uso la palabra *desgracia* con premeditación, con convicción. Estoy completamente persuadido de que no ver el rostro de los seres a quienes admiramos y amamos es una lenta, sucesiva desgracia. Os ruego que penséis conmigo en lo que significa, dentro del corazón, allí donde todo es verdad porque todo está junto, soportar el escándalo, la mentira de la separación. En los años cuarenta, los jóvenes poetas españoles, incluidos y sobre todo los poetas de la generación del 36, estaban condenados a no poder tocar el rostro de la inmensa mayoría de sus admirados maestros. El severo rostro de Miguel de Unamuno ya no podrían tocarlo nunca. El de Federico, tampoco: crecería eternamente, pero ya nunca veríamos su mirada genial, abanicada por una sonrisa. El rostro grecoenlutado de Juan Ramón Jiménez deambularía su dignidad y su rigor por Puerto Rico y por los Estados Unidos y sólo sería dado, desde España, contemplarlo paralizado por la muerte. Los rostros de Cernuda, Guillén, Salinas, León Felipe, Larrea, Moreno Villa, Prados, Altolaguirre, Garfias, Rejano, Espina, Domenchina, varios de ellos imprescindibles y todos ellos necesarios, compondrían, juntos, nuestra hoguera de yelo, nuestro almacén de ausencia. ¿Y los rostros americanos, tan nuestros por entonces, tan nuestros para siempre? Huidobro moriría algo más tarde sin que le hubiéramos

visto otra vez. Al rostro de Neruda lo prohibió la censura. El rostro de Vallejo, que se afinó como el filo de una navaja a causa de la desesperación, la resignación y la fiebre, quedó para nosotros a la vez inolvidable e imposible, y su cadáver, ay, siguió muriendo. En cuanto al rostro envejecido de nuestro don Antonio, imposible en su cercanía, agigantando por la necesidad, yacía bajo la tierra del cementerio de Collioure. Tuvimos que buscarlo allí. El corazón de la poesía española lo tuvo que desenterrar. ¿Por qué precisamente a él? ¿Por qué a él más que a los otros?

En un estudio del crítico argentino Juan Carlos Curutchet dedicado a la obra de un poeta de la generación del 36 (no importa aquí y ahora especificar cuál de ellos: en los años cuarenta, todos ellos participaban de una misma dolencia), escribe: «Dentro del cuadro general de la inmediata posguerra, su poesía presenta un carácter nítidamente distintivo; tras las huellas de César Vallejo y de Antonio Machado, silenciosamente se sustrae a las dominantes de la época para intentar su peregrinación por los menoscabados senderos de la cotidianidad, su exploración de lo elemental. Su estética engañosamente sencilla tiene su correlación en la asimilación de una experiencia histórica bajo la forma del desengaño. Si a la generación del 27 correspondió cantar la plenitud de la vida (...), ahora corresponde verificar, en su íntima comunión con los objetos, en su despojamiento extremo, que no todo ha sido removido de cuajo por la guerra; que por encima y más allá de la amistad trunca, de las vidas cercenadas, aún queda una posibilidad de arraigo». Quiero citar ahora algunas frases de escritores de esa generación, pues creo que uniendo el contenido de esas diversas citas obtendremos un atinado análisis sobre el estado de ánimo de la generación del 36 (y, en general, del horizonte espiritual de la época) ante las ruinas que produjo la guerra en la sociedad y en la identidad cultural españolas. Rememora Aranguren: «Al sentirnos totalmente ajenos al rostro público de la vida española de la época, es normal que nos retrajésemos a la vida privada, la del hogar, la del amor a la mujer, el cariño a los hijos, la fraternidad con los amigos, la consideración filosófico-poética del tiempo en su pasar y en su recuerdo, de la muerte en su lento acercarse...» Ildefonso Manuel Gil, por su parte, recuerda: «Cuando nuestra poesía se ahondó en la memoria de la infancia, en la exaltación de la vida familiar, apuntábamos a los únicos valores que habían quedado en pie (...). Creo que casi todos los escritores de la generación del 36 estábamos decididos a escribir cara a la verdad y fuera del odio.» Luis Felipe Vivanco, refiriéndose a las propuestas eticoestéticas del grupo, agrega que se trataba «de recobrar una palabra poética al servicio de la vida misma, o que tuviera detrás de sí la mayor cantidad posible de realidad temporal, vivida desde el hombre, desde lo más indefenso y sucesivo de ser hombre». Y Pedro Laín Entralgo añade: «Nos juntó el dolor de nuestro pueblo. No su saña, aunque entonces la había, sino su dolor.» Rescatemos, en fin, lo esencial de esa pena retrospectiva y de aquella disposición para sobrevivir, para rehacer el rostro: la poesía española de aquella infortunada etapa que sucedió a la guerra, inicia su peregrinación «por los menoscabados senderos de la cotidianidad, su exploración de lo elemental». Aquella aventura poética, arrebatado el júbilo del 27 y las vanguardias, cenicienta de tumbas y menesterosa por la ausencia de casi todos los maestros, ahonda la mirada hacia el afecto esencial e inmediato, se

demora en «la consideración filosófico-poética del tiempo en su pasar y en su recuerdo, de la muerte en su lento acercarse»; exalta el misterioso prodigio de la infancia; se aleja, aterrada, del odio. La palabra poética busca enriquecerse —pero de un modo despojado— con «la mayor cantidad posible de realidad temporal». Y queda absorta no ante la saña sino ante el dolor. Pretende, en fin, agruparse en torno al proyecto de una épica de la misericordia, una épica de la temporalidad y una épica de lo cotidiano. En resumen: una épica de la intimidad. ¿De la mano de quién podía llevarse a cabo esta aventura? Sin duda alguna, de la mano de Antonio Machado. Por supuesto, tanto aquellos poetas de la generación del 36, como los más sobresalientes de dos generaciones posteriores, proclamarían sus deudas con diversos, numerosos maestros. Pero entre todos ellos, durante varias décadas de la vida literaria española, sobresale un maestro. En la posguerra, sobresale de un modo gigantesco. Nadie como don Antonio Machado había ido jamás tan al fondo de la intimidad. Nadie había llegado tan alto en la expresión del desconsuelo y el consuelo. Nadie con tan sabia serenidad, con tan serena sabiduría, había mostrado la inmensa joyería emocional que se contiene en el menesteroso y casi inadvertido acontecer de lo diario. Nadie había hallado en la escalera de lo cotidiano el recodo en donde nos aguarda el resplandor de la revelación. Nadie, nunca, jamás, nos había hecho llorar hablando de las moscas. Nadie, nunca, jamás, había advertido que una ramita verde sobreviviente a un tronco seco era, pura y sencillamente, la historia de nuestro corazón. Nadie como él supo nunca animar y convertir en familiares nuestros los chopos repetidos, fantásticos, bajo el agua del río; los montes cárdenos, igual que abuelos ateridos; la conversación afectuosa de la monotonía; el proteico monólogo del agua de las fuentes; el sobresalto secular que convulsiona la emoción desde las notas doradas de las canciones infantiles. Nadie, jamás, había deambulado con tanta parsimonia enigmática al fondo de las galerías de nuestra alma. Y, sobre todo, nadie, como él, nos había revelado que hay un lugar del suceder, un instante en nuestra conciencia, en donde todo lo que tenemos y lo que hemos perdido, todo lo que sabemos y todo aquello que ignoramos, permanece reunido: ese lugar, o instante, o prodigio, es el tiempo. En ninguna poética que haya creado nuestro idioma alcanza el tiempo un protagonismo tan esencial, constante, tan misterioso y compasivo como en la poética machadiana. Estoy hablando a especialistas y sé muy bien que intentar demostrar esto que digo podría ser considerado sencillamente como una impertinencia. Sin embargo, quiero que recordemos un poema (uno de tantos poemas machadianos que podrían servirnos de apoyo en este análisis y esta celebración), no para demostrar lo evidente: para disfrutar, una vez más, la palabra poética en su más misteriosa hondura:

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio—.

Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea,

sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde pueden posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.

¡Los genios son, ciertamente, tan fieles a sí mismos! Encontramos en este prodigioso soneto una caricia a muchos de los temas recurrentes de don Antonio, una mirada afectuosa y compasiva a varios de los elementos fundamentales de su mundo poético y que son, a la vez, un perenne alimento de su memoria. Vemos aquí un recuerdo a su luz de Sevilla (ya recordáis que recién muerto halláronle en la ropa un pequeño papel con un verso admirable, finísimo, temporal y conmovedor, que él escribió tal vez como un grito suave, como si fuera un epitafio: «Estos días azules y este sol de la infancia...»). Encontramos también un saludo a su lugar de nacimiento; una mención al rumor de sus fuentes, ese rumor con el que tanto dialogó en su vida poética y, presumiblemente, en su vida de solitario; una mención, sin duda emocionada, a ese animal trivial que llamamos la mosca, y al que Machado incorporó a la historia de la lírica castellana; una mención al jardín, y a esa especie de pastor del jardín: la puerta del jardín; una mención a la formidable facultad de hablar solo (él escribió también: «quien habla solo espera hablar a Dios un día»); una leve alusión al vacío, al ayer, al mañana, a la edad y a la misericordia. Todos ellos son temas esenciales en don Antonio. Y todo ello está aquí congregado en la celebración del aparente protagonista del poema: don Antonio Machado y Alvárez, *Demófilo,* aquel gran hombre de investigación y de amor, imprescindible dentro del horizonte cultural del siglo XIX y a quien el siglo XX aún debe una reparación y un rescate. ¿Por qué *Demófilo,* el protagonista más visible de ese mago poema, no es el protagonista único, y ni siquiera el principal? Porque el protagonista esencial en la poesía de don Antonio es el tiempo. Quizá no tanto, como él mismo lo afirma, el tiempo heraclitano, el tiempo que transcurre, ese agua que no besa dos veces la misma piedrecita del río, sino el tiempo de la conciencia, de la conciencia emocionada, el tiempo en donde todo, conducido por la memoria, está junto y reunido, constituyéndose en eternidad. Así, hay un instante en estos versos en que ya no sabemos quién es padre y quién hijo, cuál Antonio es el padre de quién, y ni siquiera sabemos si quien emerge dubitativo hacia el jardín, hablando solo a veces, cantando otras (¡Santos Dios, qué verso tan maravilloso!), es *Demófilo* o es nuestro don Antonio. En resumen: ese poema al que llamamos mago, desafía a la muerte y hasta, si me lo consentís, yo diría que la vence, que la exorciza, que por lo menos la retira. ¿Y qué otra cosa, Dios mío, qué otra cosa necesitaba la poesía española, si quería ser verdaderamente civil, compasiva, veraz y

solidaria, sino alejar la muerte, exorcizarla? Durante muchos años, esa fue la más desesperada y puntual necesidad de España y, consecuentemente, de la poesía española. Nada en el arte es fortuito, y ya vemos que la influencia de Machado en la poesía española fue una fortuna, y diría más: fue una fortuna inexorable. Nadie había como él para enseñarnos a meditar, a reencontrar el prodigio de lo diario, el esplendor del hecho cotidiano, el encuentro del pálpito de la conciencia. Nadie había como él para enseñarnos a visitar las galerías del alma propia y para descubrir que el tiempo es como un animal bovino que nos lame la cara y nos consuela. En la primera etapa de la poesía española de posguerra el consuelo es un protagonista y ese consuelo llega desde la fuente machadiana.

La influencia de Machado no fortaleció únicamente a aquella generación del 36. Esa influencia se extendería, por lo menos, a dos generaciones posteriores y, en realidad, quedaría instalada para siempre en la historia de nuestra lengua, formando parte no ya tan sólo del rostro de nuestra poesía, sino también del misterioso rostro del idioma español. Una parte de las obras de don Antonio serviría, como ya lo hemos visto, para contribuir a la reconstrucción del rostro de la poesía de los años dilatados de la posguerra (sí: las guerras civiles son peores, pues las posguerras duran más). Otros momentos de su obra (partes de *Campos de Castilla,* muchas páginas escritas durante la contienda), junto a su conducta civil, servirán, un poco más tarde, para fortalecer la obra poética, e incluso parte de la poesía civil (hay que pensar en Blas de Otero, en Eladio Cabañero, en José Angel Valente y en muchísimos otros), de los poetas más sobresalientes de dos generaciones. La segunda, la generación llamada del 50, y hoy llamada también «la de los niños de la guerra», será, prácticamente en bloque, machadiana. La anterior, una generación de poetas algo más jóvenes que los del 36, y que por el momento no ha sido todavía estudiada en forma de grupo (a ella pertenecen poetas de tan altísima temperatura como Blas de Otero, José Hierro, José Luis Hidalgo, Alfonso Canales, José Luis Prado Nogueira, Miguel Labordeta...), tiene a Machado por uno de sus más radicales maestros. No me es posible, ahora y aquí, comentar ni siquiera los instantes más altos de la deuda de estos poetas, proclamada o tejida en su propia poética, con la riqueza machadiana, con el magisterio de nuestro buen maestro. Permitidme tan sólo que os lea un poema de uno de ellos, en representción de todos. Es un soneto de José Luis Prado Nogueira, y lo he elegido también porque, siquiera de pasada, nos ayuda a aludir a algo que, en mi opinión, no ha sido suficientemente valorado en Machado: su extraordinaria originalidad. La sencillez casi alarmante de su inconcebible lenguaje suele ocultar a su asombroso ímpetu inventivo. No es éste hoy nuestro tema. Quede sólo apuntando y ojalá que alguien quiera dedicar a esa investigación algunos años de su vida. Ello nos serviría, entre otras muchas cosas, para acallar el desdén encubierto o expreso que sienten por la poética machadiana los cancerberos de la modernidad, los adoradores de la originalidad excluyente, que suelen ser, a veces, fiscales de una originalidad nutricia y enigmática que no alcanzan a comprender. Dice así el soneto de Prado:

Palabras adjetivas, castellano

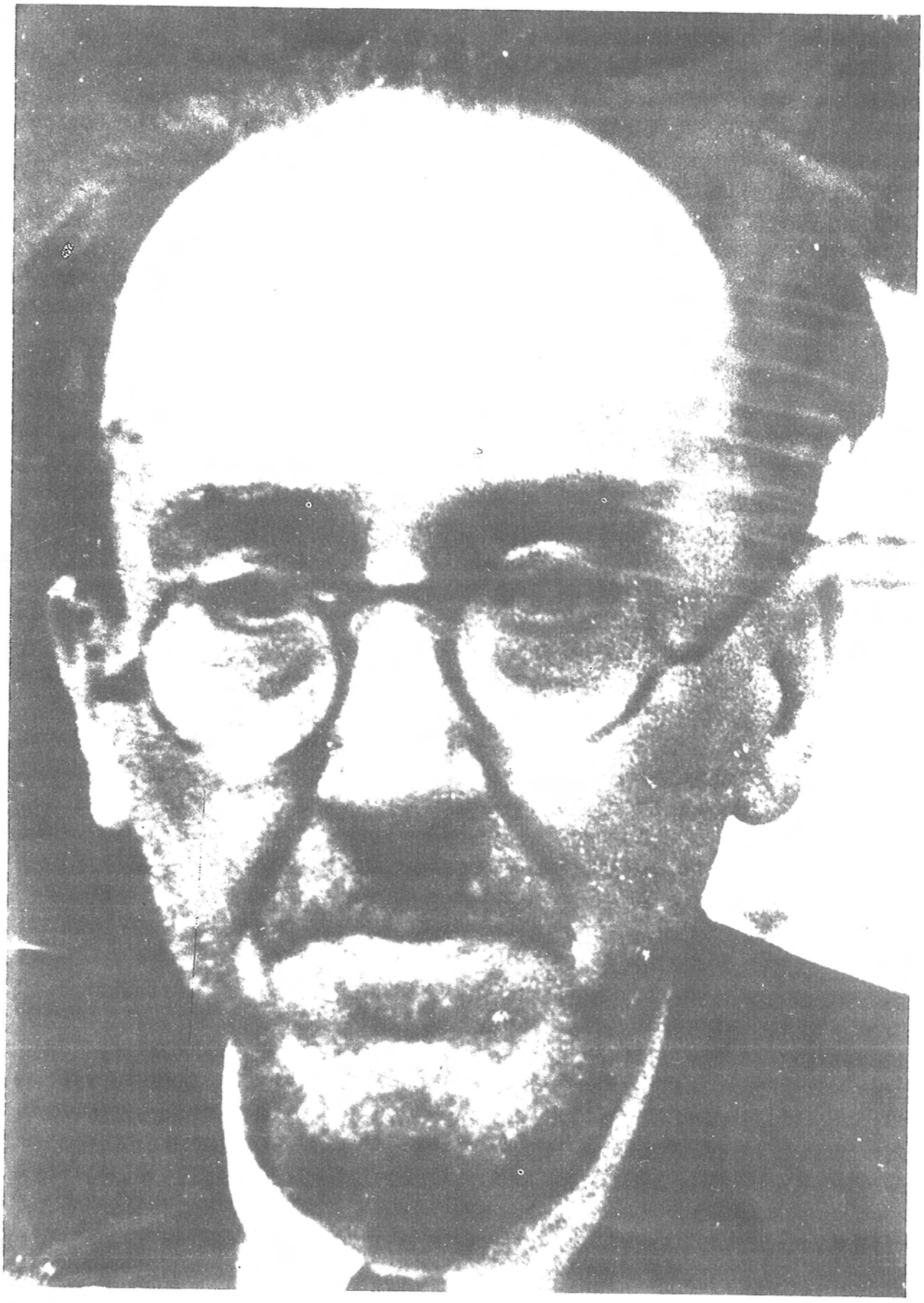
útil, correcto, suave. (Polvoriento,
húmedo, triste, claro.) ¡A tomar viento,
versos míos, tormentas de verano!

¡Como Machado, el andaluz soriano...!
(Cárdeno, gris, dorado, ceniciento.)
Esto fue singular, esto fue invento,
esto: Moncayo frío, Urbión lejano.

¡Y yo echándole un pulso a mi demonio,
yo arriesgándolo todo al desafío,
yo arruinando mi escaso patrimonio!

Como Machado, el pobre... (Azul, sombrío.)
Con palabras de Antonio y como Antonio,
¡cuándo haré yo un soneto así, Dios mío!

Si no podemos escribir así (no, no podemos) por lo menos que no se diga nunca que fuimos tan torpes y tan desvariados como para ignorar de qué manera caudalosa don Antonio contribuyó a que la poesía española de las últimas décadas encontrara su identidad, encontrara su rostro; hallara en él (también en otros, mas sobre todo en él) su misión de consuelo, su oficio de revelación, su temperatura moral. Esta palabra, la palabra *moral,* es clave en toda la obra de conjunto de los poetas de la generación del 50. Y no es casual que casi todos ellos se sepan y se proclamen machadianos. Veremos, ya muy rápidamente, unos cuantos ejemplos. En una antología poética publicada en el año 1968, el antólogo, José Batlló, hace varias preguntas a las antologados. Una de ellas inquiere sobre cuáles maestros han influido en la poesía española hasta esa fecha. Francisco Brines responde que el magisterio (es la palabra que utiliza) de Machado sobrevive y reaparece en la poesía actual. Carlos Barral duda de esa influencia («Yo creo que es más producto del exceso de admiración y que la influencia de don Antonio es menos de la que se presume»), pero no logra evitar el tener que citarlo, y tiene que consentirse a sí mismo escribir que «casi todos los poetas modernos se pretenden de la familia literaria de Machado». (Por lo demás, no veo muy claro qué cosa sea el exceso de admiración, no veo muy claro cuál es la diferencia entre esa admiración y la influencia, no veo muy claro por qué habrían de proclamarse machadianos quienes así no se sintieran; finalmente, en el mismo Barral se produce un sospechoso acto fallido al llamar a Machado «don Antonio», como solemos llamarle todos los machadianos in fraganti o presuntos.) Eladio Cabañero escribe textualmente: «El poeta que más me importa es Antonio Machado». Gimferrer condesciende a suponer que de Machado «influyó más su ejemplo personal que su poesía», con lo que, por lo menos, confiesa no lograr omitir la cita. Angel González dirá que Machado proyecta una influencia «decisiva en las dos últimas décadas, y que se deriva tanto de su forma de abordar los problemas estrictamente poéticos como de su manera de interpretar la realidad y de integrarla en su obra». José Agustín



Don Antonio Machado.

Goytisolo enumera a ocho grandes poetas como tejido de influencias en la joven poesía española, y cita, en primer término, a Machado. Joaquín Marco añadirá la mención de una influencia del Machado prosista. Carlos Sahagún, al escribir los nombres de los tres poetas que le son más queridos y a los que juzga los maestros de su generación, menciona, en primer término, a Antonio Machado. En cuanto a José Angel Valente, uno de los poetas más reflexivos y perfectos del grupo, al recordar, en un escrito sobre la Residencia de Estudiantes, una visita al cementerio de Collioure, dirá de don Antonio: «No era sólo la memoria de un poeta lo que nos convocaba, sino su valor total como símbolo de un conjunto de virtudes que él encarnó y cuya continuidad nos parecía indispensable»; y en otro texto mencionará a Machado como una figura maestra. En suma, como ya lo dijimos, la generación del 50, prácticamente en su totalidad, conservará por la obra de Machado el fervor que se iniciara en la generación del 36 y que no cesó nunca. Y si aquella generación, más torturada por la guerra y la alucinación de una posguerra embadurnada por el odio y sufriente de muchos muertos y muchos exiliados, se arrimó, sobre todo, al Machado profesor de misericordia, más tarde sería completado el fervor mediante la proclamación del Machado preocupado por el tejido civil en que los seres humanos desarrollan su vida y, a menudo, la pierden. Así, unos poetas pondrían de manifiesto su fervor por la dimensión poética (pero también civil, en tanto que consolatoria) del Machado del intimismo, del agricultor de la dulce fruta de la cotidianidad, del maestro de las revelaciones de lo diario, del paciente lector del tiempo, y otros poetas pondrían de manifiesto su fervor por la dimensión civil (pero también poética, en tanto que solidaria) del Machado del 98, el intelectual regeneracionista, el enamorado de España, el nombrador incomparable de las tierras, las ciudades, las gentes, y el hombre conturbado por la catástrofe, y humilde e inexorable defensor de la dignidad. Unos y otros, incluso creyéndose adversarios, se van complementando en el esfuerzo por articular un rostro a la poesía española, y en ese esfuerzo caminan llevados de la mano del maestro. Y ahora, cuando advertimos que en el rostro de la poesía española de estas últimas décadas los rasgos que más brillan, que más consuelan y que más dignifican, son la intimidad del ser y la fraternidad del ciudadano, comprendemos que la deuda que tenemos contraída con Antonio Machado (triple deuda: como lectores de poesía, como seres perplejos entre las galerías del tiempo, y como ciudadanos realizados en la fraternidad) es una deuda realmente impetuosa. «Todo necio —nos dijo— confunde valor y precio.» El valor de la obra de Machado nos hace sus eternos deudores. El precio que debemos pagar, siquiera en forma de intereses de esa deuda que con tanta exactitud nos excede, es una gratitud que, para ser medianamente justa, se esforzará en sobrevivirnos.

* * *

Amigos: a esta conferencia aún le falta una página. La voy a improvisar, pero antes os contaré por qué no ha sido escrita. La tarde en que empecé a escribir las cuartillas que acabo de leeros redacté las tres primeras páginas, esas en las que hablaba del rostro de mi padre, de mi rostro, del doble y mismo rostro. Al día siguiente, mi padre

ingresó en una clínica y durante unos cuantos días (hace muy pocos días aún) vivimos el horror de un conjetura que, por fortuna, no ha llegado a ser realidad. En este momento, posiblemente, mi padre ya habrá salido de la clínica, o estará a punto de salir. Habrá salido o saldrá vivo. Tal como yo tenía pensado el final de esta conferencia, durante el tiempo en que mi padre estaba indeciso entre continuar amparándonos o llenarnos de desamparo, la página que falta no podía ser escrita. Ahora ya puede ser improvisada. En esa página yo quería decir lo siguiente: el rostro de mi padre sigue vivo, y sigue siendo bellísimo y digno, impetuosamente delicado; sigue siendo mi raíz y mi ejemplo. Cuando se muera, ese rostro lo llevaremos todos sus hijos, que somos cinco, con el orgullo, la sencillez, la decisión, el coraje y el agradecimiento con que se lleva una bandera.

Pues bien, del mismo modo, si algún día sucediese algo que derribase una vez más el rostro de la vida civil española y, por tanto, el rostro de nuestra poesía, es seguro, es absolutamente seguro que, desde las ruinas, los próximos hombres de España, incluidos los próximos poetas españoles, volverían a articular de nuevo el rostro de nuestro país, el rostro de nuestra poesía. Tal vez todas las palabras tienen rostro, pues que son seres vivos. Y tal vez, paralelamente, todos los rostros están diciendo una palabra. La palabra que está diciendo la poesía española en este instante, junto con toda la sociedad de mi patria, es la palabra libertad. Creo que la oportunidad de poder proclamar esa bellísima palabra es una deuda que tenemos con muchas gentes y con muchos años. Creo también que, entre esas gentes a quienes debemos gratitud, el más grande, el más conmovedor, es Antonio Machado.

Muchas gracias.

FELIX GRANDE
Alenza, 8
MADRID-3